

originalidad, de la que se le venía dando. El culto que él mismo da a su personalidad se refleja en el hecho de sus firmas a través del símbolo de la borla. Y aunque sus fuertes fueron los putti y las figuras femeninas vestidas, diseñó también figuras de bastante vitalidad y calidades en el estudio de sus desnudos, dejando aparte una gran virtud, consistente en acertadas combinaciones de lo escultórico con lo puramente arquitectónico.

Aparte del natural desarrollo de su arte, afirma Rosenthal la personalidad ya definida del artista antes de las colaboraciones con Della Porta, y de su llegada a Granada, por lo que hay que estar dispuestos a concederle un puesto más trascendental e importante en las obras en que trabajó, y aun en sus correspondientes diseños.

Sólo nos deja el profesor Rosenthal las dudas del escultor siloesco que antes de su venida ya había trabajado en la portada, así como el de su continuador.

Ninguna mención hace de las semejanzas de parte de estas obras con las realizadas en París por Goujon y Lescot, motivo que hizo decir a Bertaux que las elegantes alegorías de este portal hacían pensar en los artistas franceses.

DOMINGO SANCHEZ-MESA.

Una aportación importante al estudio de la jardinería islámica

En las páginas 96 a 99 del número dos de estos CUADERNOS, constan los datos de los jardines del Partal fundados por don Leopoldo Torres Balbás, el año 1924, pero sería en balde que el investigador buscase, o en esta descripción o en los jardines mismos, la evidencia de que el eminente arqueólogo aplicó criterios arqueológicos al problema planteado de crear en torno de los edificios árabes un ambiente en armonía con la naturaleza de su arquitectura.

Para conocer mejor la jardinería musulmana, es muy útil la lectura de la obra: *Persian Gardens and Garden*, del arqueólogo americano M. Donald Wilber¹, quien limitándose a una sola zona del mundo islámico —el Irán—, nos ofrece el estudio más extenso que hasta ahora se ha realizado de cualquier aspecto de la jardinería islámica. Aunque más famosos que los otros jardines musulmanes, los de Persia responden a un arquetipo o plano que estaba difundido por el mundo islámico ente-

¹ *Pavilions*: Rutland, Vermont (U.S.A.) y Tokyo, Japón. Charles E. Tuttle e Company, 1962. 239 págs., con 77 fotografías en blanco y negro, 22 en color y 20 planos.

ro durante la Edad Media, y forman así, en plan de analogía, un testimonio importante de la jardinería arábigoandaluza. Queda comprobada tal afirmación por dos testimonios, uno arqueológico y otro literario: el primero es la asombrosa aparición de un jardín persa bajo los escombros del Patio de la Acequia, en el Generalife, en 1958², y el segundo, la presencia en un texto del siglo XI de una descripción (cuya versión inglesa reproducimos en *Al-Andalus*, Vol. XXIX. Fasc. 2) de un jardín funerario, igualmente pérsico, en la Córdoba califal.

El Sr. Wilber emplea en su versión del desarrollo del jardín persa dos distintos métodos, uno cronológico y otro topográfico. No resulta oposición entre los dos, puesto que los varios centros de la civilización persa —Samarkānd, Iṣfahān, etc.—, corresponden a distintas fases en el desarrollo cultural del país. La división del libro en siete capítulos hace claro este esquema: 1, Jardines persas y el Paraíso; 2, Jardines timūrēs; 3, Iṣfahān imperial durante la época safavī; 4, Jardines a lo largo del Caspio: savafēs y posteriores; 5, Los reales jardines en Iṣfahān; 6, Sirāz: ciudad de jardines y poetas; 7, Jardines septentrionales y meridionales.

En su jardín, el irano ve reflejado el Paraíso y la simétrica división de la zona en cuatro secciones mediante dos ejes formando cruz, frecuentemente con una alberca en el punto de confluencia, se encuentra en la cerámica del cuarto milenio antes de Cristo, donde el mundo está representado de tal forma. Los orígenes del jardín islámico se pierden, por lo tanto, entre las tinieblas de la prehistoria y mitología. El autor facilita un valiosísimo catálogo de las flores más corrientes: además de la rosa en numerosísimas variedades hay tulipanes, anémonas, los ranúnculos, la corona imperial, el narciso (siete u ocho variedades), el lirio de los valles, la azucena, la violeta, el clavel, jazmín español, el malvavisco, el jacinto, la mirva, alhelies amarillos y rojos, el azulejo, la malva real, el clavelón, la dormidera, la primavera, el azafrán, la lila, el jacinto rameroso silvestre, el iris diminuto de Persia, la primulácea, oenothera, delfinio, el nardo de noche y la flor del almizcle.

Cuanto más grande es el jardín tanto más probable es que sirva como huerto, de modo que no basta con identificar las flores sino hay que tomar en cuenta también los árboles frutales. Estos árboles arreglados en hileras regulares abastecen al dueño del jardín y le facilita ingresos. Tales árboles incluyen el albaricoque, el ciruelo, el ciruelo paso, el cerezo, el membrillo, el melocotonero, la morera, el peral, el manzano, la higuera, el naranjo, el limonero, la lima, el granado y la vid perenne, junto con la palmera. Entre los árboles decorativos se destacan el plátano silvestre, el chopo y el ciprés. El jardín botánico es a la vez parque zoológico, porque pájaros y

² JESÚS BERMÚDEZ: *El Generalife después del incendio de 1958*. «Cuadernos de la Alhambra», n.º I, pp. 27-30.

animales, sobre todo la gacela, lo habitan. En cualquier consideración del jardín persa, como de la poesía persa, sería inadmisibile la omisión del ruiseñor, y los mejores jardines disponen de zonas de densa vegetación para atraer al músico de la naturaleza. Un jardín favorecido de esta manera se llama un *bulbulistān*, o sea lugar de ruiseñores. Los jardines se consideraban desde varios puntos de vista, como un oasis de tranquilidad donde el alma estética podía disfrutar de una combinación de formas y colores bellos (producidos por las flores y los árboles) y de ruidos agradables (producidos por los pájaros y el agua), o alternatively como escena de pompa real y magnificencia. De esta forma los persas, estableciendo una serie de relaciones entre el hombre y su ambiente, lograron una recíproca comunicación entre el mundo humano y la naturaleza.

Después de bosquejar su tema, el autor prosigue con un relato de los famosos jardines históricos, basándose en miniaturas de manuscritos y descripciones contemporáneas para los más antiguos, hoy desaparecidos. Desde el siglo XVII en adelante hay jardines que han sobrevivido y la descripción de cada uno de ellos está basada sobre observación personal. Entre estos últimos ejemplos se encuentran los famosos jardines reales —cada uno con su templete, a veces un palacio— construidos en Işfahān por Sah °Abbās y sus sucesores, y también los célebres jardines de Sirāz, inseparablemente asociados con la literatura persa, tanto como fuentes de inspiración para los poetas, como lugares de entierro para los mismos poetas, en que ellos llegan a confundirse con lo que en la vida les inspiraba. En todas estas descripciones del Sr. Wilber demuestra un agudo criterio estético y el libro está escrito con un tono tan caluroso que, en cada una de sus páginas, el autor logra comunicar su entusiasmo al lector.

James Dickie.

JUNTA DE ANDALUCIA

Sobre los moriscos de Granada

CONSEJERÍA DE CULTURA

Patronato de la Alhambra y Generalife

Hace ahora veinte años que se publicó, pulcramente editada y comentada por don Manuel Gómez Moreno, la crónica de la Guerra de Granada de Diego Hurtado de Mendoza. Desde entonces no han dejado de aparecer nuevos e importantísimos estudios sobre los moriscos granadinos como, por ejemplo, el de Soledad Carrasco Urgoiti sobre su presencia en la literatura, desde el siglo XV al XX, el de Julio Caro Baroja, amplísimamente documentado, y el del Secretario de este Patronato, Fr. Darío Cabañelas, dedicado expresamente a presentar la vida de Alonso del Castillo que tanto tuvo que ver con el problema de los libros plúmbeos del Sacro Monte. Ahora hemos